



AMÉRICA LATINA
LA DEMOCRACIA
EN LA ENCRUCIJADA

Nicolás **Trotta** y Pablo **Gentili**
compiladores

Víctor **Santa María**
prólogo

Pablo **González Casanova** | Daniel **Filmus** | Theotônio **dos Santos** | Yamandú **Acosta** | Verónica **Giordano** | Lorena **Soler** | Antonio **Elías** | Fernando **Mayorga** | Cecilia **Nahón** | Casandra Castorena **Sánchez** | Julio C. **Gambina** | Leandro **Morgenfeld** | Darío **Salinas** | Alejandro **Grimson** | Ignacio **Ramonet** | Jürgen **Habermas** | Boaventura **de Sousa Santos**



AMÉRICA LATINA

LA DEMOCRACIA

EN LA ENCRUCIJADA



OCTUBRE
EDITORIAL



Página12

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
© Editorial Octubre, 2016
© UMET, 2016
© 2016 Para esta edición, Editorial La Página S.A.
Todos los derechos reservados.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB | Ciudad de Buenos Aires | Argentina
clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org

Editorial Octubre

Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo
Sarmiento 2037 | C1044AAE | Ciudad de Buenos Aires | Argentina
www.editorialoctubre.com.ar | www.umet.edu.ar

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

Gentili, Pablo

América Latina : la democracia en la encrucijada / Pablo Gentili; Nicolás Trotta;
compilado por Pablo Gentili; Nicolás Trotta. - 1a ed adaptada.
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial La Página S.A., 2016.
170 p. ; 14 x 20 cm.

ISBN 978-987-503-688-8

1. Ciencia Política. I. Gentili, Pablo II. Trotta, Nicolás, comp. III. Gentili, Pablo, comp. IV. Título.
CDD 320

América Latina

La democracia en la encrucijada

Edición en homenaje a la visita de la presidenta
Dilma Rousseff a la Argentina

Nicolás Trotta y Pablo Gentili
(Compiladores)

Víctor Santa María
(Prólogo)

Alejandro Grimson | Antonio Elías
Boaventura de Sousa Santos | Casandra Castorena Sánchez
Cecilia Nahón | Daniel Filmus | Darío Salinas
Fernando Mayorga | Ignacio Ramonet | Julio C. Gambina
Jürgen Habermas | Leandro Morgenfeld | Lorena Soler
Pablo González Casanova | Theotônio dos Santos
Verónica Giordano | Yamandú Acosta

Página12



CLACSO

OCTUBRE
EDITORIAL



Universidad Metropolitana para
la Educación y el Trabajo

Página 12



Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO

Secretario Ejecutivo de CLACSO Pablo Gentili

Directora Académica Fernanda Saforcada

Área de Acceso Abierto al Conocimiento y Difusión

Coordinador Editorial Lucas Sablich

Coordinador de Arte Marcelo Giardino

OCTUBRE
EDITORIAL

Presidente Víctor Santa María

Director General Nicolás Trotta

Director Editorial Daniel González

Coordinadora Editorial Guadalupe Aizpeolea



Universidad Metropolitana para
la Educación y el Trabajo

Rector Nicolás Trotta

Secretaria Académica Laura Sirotzky

Secretaria de Investigación y Desarrollo Cecilia Cross

Secretario Administrativo Matías Novoa Haidar

ÍNDICE

Prólogo Víctor Santa María	7
Presentación Nicolás Trotta y Pablo Gentili	11
HACIA DÓNDE VA AMÉRICA LATINA	
América Latina y el mundo: crisis, tendencias y alternativas Pablo González Casanova	17
Una década de transformaciones en América Latina Daniel Filmus	27
La ofensiva del gran capital y las amenazas para América Latina Theotônio dos Santos	51
América Latina: nuestra Yamandú Acosta, Verónica Giordano y Lorena Soler	59
La ofensiva del capital y el ocaso del progresismo en el Mercosur Antonio Elías	69
La democracia intercultural en América Latina: procesos y desafíos Fernando Mayorga	85

TRUMP Y AMÉRICA LATINA

El triunfo de Donald Trump: paradojas y
peligros para América Latina
Cecilia Nahón 103

El plan Trump y sus impactos en México
Casandra Castorena Sánchez 109

Trump entre el proteccionismo y la liberalización
Julio C. Gambina 115

Los desafíos de América Latina tras el terremoto Trump
Leandro Morgenfeld 121

América Latina y el Caribe ante el próximo
gobierno estadounidense
Darío Salinas 125

DESAFÍOS MUNDIALES

Las 10 claves que explican el Nuevo Sistema Mundo
Ignacio Ramonet 131

Por una polarización democrática: cómo segar
la hierba bajo el populismo de derechas
Entrevista a **Jürgen Habermas** 145

Tiro de gracia a la globalización
Alejandro Grimson 157

La incertidumbre: entre el miedo y la esperanza
Boaventura de Sousa Santos 161

La incertidumbre: entre el miedo y la esperanza

Boaventura de Sousa Santos*

Dijo Spinoza que las dos emociones básicas de los seres humanos son el miedo y la esperanza. La incertidumbre es la vivencia de las posibilidades que emergen de las múltiples relaciones que pueden existir entre el miedo y la esperanza. Siendo diferentes esas relaciones, diferentes son los tipos de incertidumbre. El miedo y la esperanza no están igualmente distribuidos entre todos los grupos sociales o épocas históricas. Existen grupos sociales en los que el miedo desplaza de tal modo a la esperanza que el mundo les sucede sin que ellos puedan hacer suceder al mundo. Viven en espera, pero sin esperanza. Están vivos hoy, pero viven en condiciones tales que pueden estar muertos mañana. Alimentan a sus hijos hoy pero no saben si los podrán alimentar mañana. La incertidumbre en la que viven es una incertidumbre descendente, porque el mundo les sucede de modo tal que poco depende de ellos. Cuando el miedo es tan grande que la esperanza desaparece del todo, la incertidumbre descendente se torna abismal y se convierte en su opuesto: en la certeza del destino, por más injusto que este sea. Existen, por otro lado, grupos sociales en los que la esperanza desplaza de tal forma al miedo que el mundo se les ofrece como un campo de posibilidades que pueden administrar a su antojo. La incertidumbre en la que viven es una incertidumbre ascendente, en la medida en que tiene lugar entre opciones portadoras de resultados, en general, deseados, aunque no siempre totalmente positivos. Cuando la esperanza es tan excesiva que se pierde la noción de miedo, la incertidumbre ascendente se torna nueva-

* Doctor en Sociología del Derecho por la Universidad de Yale. Profesor y director del Centro de Estudios Sociales de la Facultad de Economía de Coimbra, y profesor visitante de la Universidad de la Wisconsin-Madison, San Pablo, Los Andes y de la London School of Economics.

Este texto fue publicado en el periódico *Journal de Letras* de Brasil, en su edición del 14 al 27 de septiembre de 2016. La traducción es de Santiago Basso.

mente abismal y se transforma en su opuesto: en la certeza de la misión de apropiarse del mundo, por más arbitraria que sea.

La mayoría de los grupos sociales viven entre esos dos extremos, con más o menos miedo, con más o menos esperanza, pasando por períodos en los que dominan las incertidumbres descendentes y otros en los que dominan las incertidumbres ascendentes. Las épocas se distinguen por la preponderancia relativa del miedo y de la esperanza, y de las incertidumbres a las que las relaciones entre una y otra dan lugar.

¿Qué tipo de época es la nuestra?

Vivimos en una época en que la relación mutua entre miedo y esperanza parece colapsar frente a la creciente polarización entre el mundo del miedo sin esperanza y el mundo de la esperanza sin miedo, o sea, un mundo en que las incertidumbres, descendentes o ascendentes, se transforman cada vez más en incertidumbres abismales, esto es, en destinos injustos para los pobres y sin poder, y misiones de apropiación del mundo para los ricos y poderosos. Un porcentaje cada vez mayor de la población mundial vive corriendo riesgos inminentes contra los cuales no existen seguros, o si los hay, son financieramente inaccesibles, como el riesgo de muerte en conflictos armados donde no se participa activamente; el riesgo de enfermedades causadas por sustancias peligrosas usadas de modo masivo, legal o ilegalmente; el riesgo de violencia causada por preconcepciones raciales, sexistas, religiosos u otros; el riesgo de saqueo de sus magros recursos, sean salarios o pensiones, en nombre de políticas de austeridad sobre las cuales no se tiene control; el riesgo de expulsión de sus tierras o de sus casas por imperativo de políticas de desarrollo de las cuales nunca se beneficiarán; el riesgo de precariedad en el trabajo y de colapso de expectativas suficientemente estables como para planear la vida personal o familiar, ante la propaganda de autonomía y emprendedurismo.

En contrapartida, grupos sociales cada vez más minoritarios en términos demográficos acumulan un poder económico, social y político cada vez mayor, un poder casi siempre basado en el dominio del capital financiero. Esa polarización viene de lejos, pero hoy es más transparente y tal vez más violenta. Consideremos la siguiente cita:

“Si una persona no supiese nada acerca de la vida del pueblo de este, nuestro mundo cristiano, y se le preguntase: ‘Existe un cierto pueblo que organiza el modo de vida de tal forma que la abrumadora mayoría de las personas, 99% de ellas, vive del trabajo físico sin descanso y sujetas a necesidades opresivas, mientras el 1% de la población vive en la ociosidad y en la opulencia. Si ese 1% de la población profesara una religión, una ciencia y un arte, ¿qué religión, arte y ciencia serían esas?’. La respuesta no podría dejar de ser: ‘Una religión, una ciencia y un arte perversos’”.

Se diría que se trata de un extracto del movimiento *Occupy* o de los movimientos de los indignados de inicios de la presente década. Nada de eso. Se trata de una entrada del diario de Lev Tolstoi del día 17 de marzo de 1910, poco tiempo antes de morir.

¿Cuáles son las incertidumbres?

Como acabo de mencionar, las incertidumbres no están igualmente distribuidas, ni en lo que hace al tipo ni en lo que hace a la intensidad, entre los diferentes grupos y clases sociales que componen nuestras sociedades. Tenemos, pues, que identificar los diferentes campos en los que tales desigualdades tienen mayor impacto en las vidas de las personas y las comunidades.

La incertidumbre del conocimiento. Todas las personas son sujetos de conocimientos y la abrumadora mayoría define y ejercita sus prácticas con referencia a conocimientos que no son científicos. Vivimos, mientras tanto, una época –la época de la modernidad eurocéntrica– que atribuye total prioridad al conocimiento científico y a las prácticas directamente derivadas de este: las tecnologías. Eso significa que la distribución epistemológica y vivencial del miedo y de la esperanza está definida por parámetros que tienden a beneficiar a los grupos sociales que tienen mayor acceso al conocimiento científico y a la tecnología. Para estos grupos, la incertidumbre es siempre ascendente en la medida en que la creencia en el progreso científico es una esperanza suficientemente fuerte para neutralizar cualquier miedo sobre las limitaciones del conocimiento actual. Para esos grupos, el principio

de precaución es siempre algo negativo porque traba el progreso infinito de la ciencia.

La injusticia cognitiva que eso crea es vivida por los grupos sociales con menor acceso al conocimiento científico como una inferioridad generadora de incertidumbre en lo que hace al lugar de ellos en un mundo definido y legislado en base a conocimientos simultáneamente poderosos y extraños, que los afectan de modos sobre los que tienen poco o ningún control. Se trata de conocimientos producidos sobre ellos, eventualmente contra ellos y, en todo caso, nunca producidos con ellos.

La incertidumbre tiene otra dimensión: la incertidumbre sobre la validez de los conocimientos propios, a veces ancestrales, por los cuales se tiene pauta la vida. ¿Tendrán estos que ser abandonados y sustituidos por otros? Esos nuevos conocimientos, ¿les son dados, vendidos, impuestos y, en ese caso, a qué precio y a qué costo? ¿Los beneficios traídos por los nuevos conocimientos serán superiores a los perjuicios? ¿Quién recogerá los beneficios, y quién los perjuicios? ¿El abandono de los conocimientos propios involucrará un desperdicio de experiencia? ¿Con qué consecuencias? ¿Quedarán con más o menos capacidad para representar al mundo como propio y transformarlo de acuerdo a sus aspiraciones?

La incertidumbre de la democracia. La democracia liberal fue concebida como un sistema de gobierno basado en la incertidumbre de los resultados y en la certeza de los procesos. La certeza de los procesos garantiza que la incerteza de los resultados sea igualmente distribuida para todos los ciudadanos. Los procesos correctos permitan que los diferentes intereses vigentes en la sociedad se confrontaran en pie de igualdad y se aceptaran como justos los resultados de esa confrontación. Ese era el principio básico de la convivencia democrática. Esa era la teoría, pero en la práctica las cosas siempre fueron muy diferentes, y hoy la discrepancia entre teoría y práctica alcanza proporciones abrumadoras.

En primer lugar, durante mucho tiempo solo una pequeña parte de la población podía votar, y por eso, por más ciertos y correctos que fueran los procesos, estos nunca podían ser movilizados de modo de tener en cuenta los intereses de las mayorías. Solo en casos excepcionales la incertidumbre de los resultados podía beneficiar a las mayorías: en los

casos en los que los resultados fuesen el efecto colateral entre las elites políticas y los diferentes intereses de las clases dominantes que ellas representaban. No sorprende, pues, que durante mucho tiempo las mayorías hayan visto las democracias “patas para arriba”: un sistema de procesos inciertos cuyos resultados eran ciertos, siempre al servicio de las clases e intereses dominantes. Por eso, durante mucho tiempo, las mayorías estuvieron divididas entre los grupos que querían hacer valer sus intereses por otros medios que no fueran la democracia liberal (por ejemplo, la revolución) y los grupos que luchaban por ser incluidos formalmente en el sistema democrático, para así esperar que la incertidumbre de los resultados llegara en el futuro a defender sus intereses.

A partir de entonces, las clases y los grupos dominantes (esto es, con poder social y económico no sufragado democráticamente) comenzaron a utilizar otra estrategia para hacer funcionar la democracia a su favor. Por un lado, lucharon para que fuera eliminada cualquier alternativa al sistema democrático liberal, lo que consiguieron –simbólicamente– en 1989, el día en que cayó el Muro de Berlín. Por otro lado, comenzaron a utilizar la certeza de los procesos para manipularlos de modo que los resultados los favorecieran sistemáticamente. Sin embargo, al eliminar la incertidumbre de los resultados, acabaron de destruir las certezas de los procesos. Al poder ser manipulados por quienes tuviesen poder social y económico para ello, los procesos democráticos, supuestamente seguros, se tornaron inciertos. Peor aún, quedaron sujetos a una única certeza: a la posibilidad de ser libremente manipulados por quien tuviese poder para ello.

Por esas razones, la incertidumbre de las grandes mayorías es descendente, y corre el riesgo de tornarse abismal. Habiendo perdido la capacidad e incluso la memoria de una alternativa a la democracia liberal, ¿qué esperanza pueden tener en el sistema democrático liberal? ¿Será que el miedo es tan intenso que solo les resta la resignación frente a su destino? ¿O, por el contrario, existe en la democracia un embrión de algo genuino, que pueda todavía ser utilizado contra aquellos que la transformaron en una farsa cruel?

La incertidumbre de la naturaleza. Fundamentalmente desde la expansión europea, a partir de finales del Siglo XV, la naturaleza pasó a

ser considerada por los europeos como un recurso natural desprovisto de valor intrínseco, y por eso disponible sin condiciones ni límites para ser explorada por los humanos. Esta concepción, que era nueva en Europa y no tenía vigencia en ninguna otra cultura del mundo, se tornó gradualmente dominante en la medida en que el capitalismo, o colonialismo, y el patriarcado (este último reconfigurado por los anteriores) se fueron imponiendo en todo el mundo considerado moderno. Ese dominio fue de tal modo profundo que se convirtió en la base de todas las certezas de la época moderna y contemporánea: el progreso. Siempre que la naturaleza pareció ofrecer resistencia a la exploración, esto fue visto, cuanto mucho, como una incertidumbre ascendente en la que la esperanza sobrepasaba al miedo. Fue así que el *Adamastor* de Luis de Camões fue valerosamente vencido y la victoria sobre él se llamó Cabo de Buena Esperanza.

Existieron pueblos que nunca aceptaron esta idea de naturaleza, porque aceptarla equivalía al suicidio. Los pueblos indígenas, por ejemplo, vivían en tan íntima relación con la naturaleza que esta ni siquiera les era exterior; era, por el contrario, la Madre Tierra, un ser viviente que los englobaba a ellos y a todos los seres vivos, presentes, pasados y futuros. Por eso, la tierra no les pertenecía; ellos pertenecían a la tierra. Esa concepción era tanto más verosímil que la eurocéntrica y tan peligrosamente hostil a los intereses colonialistas de los europeos que el modo más eficaz de combatirla era eliminar a los pueblos que la combatían, transformándolos en un obstáculo natural, entre otros, a la exploración de la naturaleza. La seguridad de esta misión era tal que las tierras de los pueblos indígenas eran consideradas tierras de nadie, libres y desocupadas, aunque en ellas viviera gente de carne y hueso desde tiempos inmemorables. Esa concepción de la naturaleza fue de tal modo inscrita en el proyecto capitalista, colonialista y patriarcal moderno que naturalizarla se tornó el modo más eficaz de atribuirle un carácter incontrovertible a la certeza. Si algo es natural, es así porque no puede ser de otro modo, sea eso consecuencia de la holgazanería y lascivia de las poblaciones que viven entre los trópicos, de la incapacidad de las mujeres para ciertas funciones, o de la existencia de razas y la “natural” inferioridad de las poblaciones de color más oscuro.

Esas certezas consideradas naturales nunca fueron absolutas, pero siempre encontraron medios eficaces para hacer creer que lo eran. Sin embargo, en los últimos cien años, estas comenzaron a revelar zonas de incertidumbre y, en tiempos más recientes, las incertidumbres pasaron a ser más verosímiles que las certezas, cuando no conducían a nuevas certezas de sentido opuesto. Muchos factores contribuyeron a esto. Selecciono dos de los más importantes.

Por un lado, los grupos sociales declarados naturalmente inferiores nunca se dejaron vencer enteramente y, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo pasado, consiguieron hacer oír su plena humanidad de un modo suficientemente alto y eficaz, al punto de transformarla en un conjunto de reivindicaciones que entraron en la agenda social, política y cultural. Todo lo que era natural se desvaneció en el aire, lo que creó incertidumbres nuevas y sorprendentes a los grupos sociales considerados naturalmente superiores, y por sobre todo la incertidumbre de no saber cómo mantener sus privilegios sin ser cuestionados por sus víctimas. De aquí nace una de las incertidumbres más tenaces de nuestro tiempo: ¿será posible reconocer simultáneamente el derecho a la igualdad y el derecho al reconocimiento de la diferencia? ¿Por qué continúa siendo tan difícil de aceptar el metaderecho que parece fundar todos los otros y que puede formularse así: tenemos el derecho a ser iguales cuando la diferencia nos disminuye, tenemos el derecho a ser diferentes cuando la igualdad nos descaracteriza?

El segundo factor es la creciente revuelta de la naturaleza frente a tan intensa y prolongada agresión, bajo la forma de alteraciones climáticas que ponen en riesgo la existencia de diversas formas de vida en la Tierra, entre ellas la de los humanos. Algunos grupos humanos ya están definitivamente afectados, sea por ver sus hábitats sumergidos por la elevación de las aguas del mar, o por ser obligados a dejar sus tierras desertificadas de modo irreversible. La Madre Tierra parece elevar la voz sobre las ruinas de la casa que era de ella para que pudiera ser de todos y que los humanos modernos destruyeron movidos por la codicia, la voracidad, la irresponsabilidad y, al final, por la ingratitud sin límites. ¿Podrán los humanos aprender a compartir lo que resta de la casa que juzgaban que era solo suya y en donde en definitiva habitaban por con-

cesión generosa de la Madre Tierra? ¿O preferirán el exilio dorado de las fortalezas neofeudales, mientras las mayorías rondan los muros y les quitan el sueño por más legiones de perros, cámaras de videos, kilómetros de cercas de alambres de púas y vidrios a prueba de balas que los protegen de la realidad pero nunca de los fantasmas de la realidad? Estas son las incertidumbres cada vez más abismales de nuestro tiempo.

La incertidumbre de la dignidad. Todo ser humano (y, quizás, todo ser vivo) aspira a ser tratado con dignidad, entendiendo por tal el reconocimiento de su valor intrínseco, independientemente del valor que otros le atribuyan en función de fines instrumentales que le son ajenos. La aspiración a la dignidad existe en todas las culturas y se expresa según idiomas y narrativas muy distintas, tan distintas que a veces son incomprensibles para quien no comulgue con la cultura de la que emergen. En las últimas décadas, los derechos humanos se transformaron en un lenguaje y una narrativa hegemónicos para denominar la dignidad de los seres humanos. Todos los Estados y organizaciones internacionales proclaman la exigencia de los derechos humanos y se proponen defenderlos.

Mientras tanto, como Alicia en *A través del espejo* –de Lewis Carroll–, atravesando el espejo que esta narrativa consensual propone, o mirando el mundo con los ojos de Blimulda –de la novela de José Saramago, *Memorial del convento*–, que veían en la oscuridad, nos encontramos con inquietantes constataciones: la gran mayoría de los seres humanos no son sujetos de derechos humanos, son antes objetos de los discursos estatales y no estatales de derechos humanos; existe mucho sufrimiento humano injusto que no es considerado violación de derechos humanos. La defensa de los derechos humanos ha sido muchas veces invocada para invadir países, robar sus riquezas, esparcir la muerte entre víctimas inocentes. En el pasado, muchas luchas de liberación contra la opresión y el colonialismo fueron conducidas en nombre de otros lenguajes y narrativas emancipatorias y sin nunca hacer referencia a los derechos humanos.

Esas inquietantes verificaciones, una vez puestas frente al espejo de las incertidumbres que he venido a mencionar, conducen a una nueva incertidumbre, también ella fundadora de nuestro tiempo. ¿La prima-

cía del lenguaje de los derechos humanos es fruto de una victoria histórica o de una derrota histórica? ¿La invocación de los derechos humanos es un instrumento eficaz en la lucha contra la indignidad a la que tantos grupos sociales están sujetos, o es antes un obstáculo que desradicaliza y trivializa la opresión en que se traduce la indignidad, y adopta la mala conciencia de los opresores?

Son tantas las incertidumbres de nuestro tiempo, y asumen un carácter descendente para tanta gente, que el miedo parece triunfar sobre la esperanza. ¿Debe esta situación llevarnos al pesimismo de Albert Camus, quien en 1951 escribió amargamente: “Al final de veinte siglos la suma del mal no disminuyó en el mundo. No hubo ninguna parusía, ni divina ni revolucionaria”? Pienso que no. Debe apenas llevarnos a pensar que, en las condiciones actuales, la revuelta y la lucha contra la injusticia que produce, difunde y profundiza la incertidumbre descendente, y sobre todo, la incertidumbre abismal, tiene que ser desarrollada con una mezcla compleja de mucho miedo y mucha esperanza, contra el destino autoinflingido de los oprimidos y la misión arbitraria de los opresores. La lucha tendrá más éxito, y la revuelta más adeptos, en la medida en que más y más gente se vaya dando cuenta de que el destino sin esperanza de las mayorías sin poder es causado por las esperanzas sin miedo de las minorías con poder.

Impreso en el mes de diciembre de 2016
en New Press Grupo Impresor S.A.
Paraguay 278 - Avellaneda
Provincia de Buenos Aires
República Argentina

La democracia está en crisis en América Latina y el mundo. No se trata sólo de la tantas veces denunciada crisis del modelo de democracia participativa, ciudadana y popular. Está en crisis la democracia republicana en su forma representativa. El avance conservador y la desestabilización de los proyectos progresistas ponen en jaque los principios éticos y políticos que han impulsado las luchas por la justicia social y la ampliación de los derechos ciudadanos en América Latina. En la región más desigual del planeta, la democracia vive una de sus mayores encrucijadas: redefinir su sentido, actualizar y profundizar los principios que la fundamentan. Hacerla, en definitiva, el instrumento y la plataforma desde la cual sea posible construir un mundo igualitario y justo.

EDICIÓN EN HOMENAJE A LA VISITA DE
LA PRESIDENTA **DILMA ROUSSEFF** A LA ARGENTINA



Página12



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

OCTUBRE
EDITORIAL

ISBN 978-987-603-688-9



9 789875 103688